

LA NOCHE QUE NUNCA ACABA

Edward Hogan

Traducción del inglés de
Mireya Hernández Pozuelo

 Siruela

Las Tres Edades

Para Jesse, Alice y Emily

Domingo 21 de octubre

1

El día que llegamos creí que le había salvado la vida.

Mi padre entró despacio con el coche en Marwood Forest, el centro neurálgico de Mundo Ocio, el mayor complejo vacacional y deportivo de Europa y, en mi opinión, el hoyo más profundo y descomunal del infierno.

–Necesitamos salir un poco, Daniel –dijo–. Solo será una semana.

–Una semana –dije, negando con la cabeza.

–No es tanto –contestó él–. Necesitamos pasar un poco de tiempo juntos.

Tiempo. Era lo único de lo que hablaba mi familia, o lo que quedaba de ella. «Con el tiempo, las cosas serán cada vez más fáciles. Solo necesitamos distanciarnos un poco de lo que ha ocurrido.» Tiempo separados. Tiempo juntos. Tiempo fuera del colegio...

–Además –dijo mientras se alisaba la sudadera del chándal–, es un sitio donde podemos llevar una vida sana.

–Yo estoy sano. No me pasa nada –dije, aunque estaba un poco preocupado por mi peso.

Mi padre volvió a hacer lo de echar la cabeza hacia atrás y rascarse la barba incipiente del cuello. Era como

si se estuviera estrangulando a sí mismo. No lo había hecho siempre. Era algo nuevo, como su obsesión de cultivar verduras y lo de llorar. Aparcamos en el parking más grande que había visto en mi vida. El metal y el cristal brillaban bajo la tenue luz del sol.

–Ya sé que a ti no te pasa nada, chaval –dijo mi padre–. Es a mí a quien le pasa.

Salimos del coche y empezamos a sacar las maletas. Había que dejar los vehículos motorizados fuera del complejo; el folleto decía que nos trasladarían a nuestra cabaña en un «carrito eléctrico». Vi uno esperando donde la caseta de bienvenida. Era un carrito de golf más grande de lo normal.

–Simplemente creo que necesitamos salir fuera un poco. En casa no hay aire –dijo.

–En casa no hay tele –dije, y luego deseé no haberlo dicho. Era cierto que mi padre no había reemplazado la antigua, pero era yo el que la había roto.

Caminamos hacia el carro eléctrico. Mi padre agarró su bolsa de deporte tan fuerte que le sangraron los dedos, haciendo que los pelitos que sobresalían de sus nudillos parecieran más oscuros. Se había quedado en silencio, lo que nunca era una buena señal.

–¿Papá? –dije.

–Habrà televisión donde nos vamos a alojar. He cogido una cabaña Confort Plus. No es tan elegante como la Ejecutiva, pero como bien sabes andamos bastante escasos de dinero. De todas formas aquí no te va a hacer falta una tele porque hay todo tipo de deportes que se te ocurran.

–Se me ocurren unos tres –dije–. Y los odio todos.

Cuando llegamos al carrito, mi padre le dio al conductor nuestro equipaje y el número de nuestra cabaña y se volvió hacia mí.

–Puede que esta semana encuentres un deporte que te guste de verdad –dijo–. Uno que se te dé realmente bien.

Negué despacio con la cabeza.

–Bueno –respondió–. Hay tele.

Me subí a la parte delantera del carro con el conductor –un hombre mayor de barba canosa– y mi padre se sentó detrás con las maletas. Intentó quitarle importancia a la ráfaga de viento otoñal que entraba por los lados del vehículo.

–¡Bienvenido al campo! –gritó, y respiró hondo, satisfecho. Alcancé a ver un Starbucks a lo lejos.

Mundo Ocio era naturaleza rodeada por una valla. Un complejo deportivo con tiendas y restaurantes situado en medio del bosque. Todo el mundo se alojaba en cabañas de madera o casas de madera o altos chalés adosados, dependiendo de lo ricos que fueran, y las familias se paseaban en bici con su chándal. Había tanto nailon y tanta madera que una sola cerilla podría haber provocado un incendio que se habría visto desde el espacio. A lo lejos había una enorme cúpula, una piscina climatizada con pinta de «paraíso tropical», con máquina de olas, palmeras y rápidos. La había visto en el folleto; era la atracción principal de Mundo Ocio.

Nunca lo hubiera reconocido ante mi padre, pero me ilusioné cuando dejamos atrás los campos de hierba artificial y las canchas de tenis y nos adentramos en el bosque. Las sombras de los pinos altos oscurecían el interior del carro y creí oír un zumbido grave y prolongado. Si hacías un esfuerzo podías olvidarte de ese montón de plástico que era Mundo Ocio y concentrarte en el oscuro corazón del bosque. Sabías que cuando anoheciera las criaturas se despertarían. Y sabías que en mil años, cuando todas y cada una de esas familias felices de vacaciones estuvieran muertas y enterradas, la naturaleza volvería a apoderarse de aquel lugar. La hiedra cubriría las pequeñas cabañas y las gruesas raíces de los árboles res-

quebrajarían el suelo. Con el tiempo, el agua de la cúpula tropical se volvería verde y los peces recuperarían el *jacuzzi*. Habría pájaros chillando en las palmeras y zorros saqueando los aparadores de las tiendas y trotando por los restaurantes.

–¡Daniel! –gritó mi padre–. No has visto el fertilizante para plantas, ¿verdad?

Tenía la cabeza agachada y hurgaba dentro de las maletas tratando de encontrar los nutrientes de su querida tomatera. No le respondí porque una chica acababa de aparecer en medio de la carretera. Llevaba una sudadera roja con capucha encima del bañador. Tenía el pelo enredado y empapado. Miré al anciano que conducía el carrito y esperé a que disminuyera la velocidad. No lo hizo y la chica no se movió.

–¿No va a...? –le dije.

–¿Qué? –preguntó.

Estábamos a cinco metros de distancia cuando agarré el volante y lo giré con fuerza hacia la izquierda. Faltó poco para que pilláramos a la chica, pero nos estrellamos contra una barrera de madera y el carro se cayó hacia un lado. Todo empezó a dar vueltas y me golpeé la cabeza en el salpicadero. Cuando el carro se paró, yo estaba boca arriba mirando un roble gigante. El conductor se había caído encima de mí y no estaba nada contento.

–¿Qué demonios crees que estás haciendo? –dijo.

–¿Y *usted* qué estaba haciendo? –le contesté–. Casi atropella a esa chica.

–¿Qué chica? –gritó. Salí arrastrándome de debajo de él y me puse en pie. Miré detenidamente la carretera. No había nadie más que mi padre, que negaba con la cabeza y cuidaba de su tomatera.